

pero que permite confrontar puntos de vista. El autor retoma las perspectivas antropológicas y psiquiátricas para, finalmente, destacar lo que le parece más útil en cada caso. En este ejercicio se muestran las limitaciones, ventajas y consecuencias de adoptar una perspectiva u otra. El libro tiene varias capas de lectura y puede interesar tanto a antropólogos e historiadores de la religión y el misticismo, como a historiadores de la psiquiatría y psicología moderna y contemporánea. Es rico en historiografía en ambos dominios, sobre todo en el ámbito francés. Como pequeño bemo, la edición formal del libro tiene algunos defectos menores. En cualquier caso, debe destacarse el esfuerzo del autor en tratar un corpus manuscrito tan extenso y complejo como los «discursos extáticos» de *soeur Élisée*, de los cuales tenemos una pequeña muestra en el anexo. ■

Andrea Graus

Centre Alexandre Koyré, CNRS Paris

ORCID: 0000-0002-9513-0048

Rafael Gaune y Claudio Rolle, eds. Homo dolens. Cartografías del dolor: sentidos, experiencias, registros. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica; 2018, 512 p. ISBN: 978-95-62891-88-2. 19.465 CLP

Que el dolor ha jugado y juega un papel fundamental a la hora de configurar el campo de la historia de las emociones, la entendamos como una subdisciplina de la historia o como una corriente historiográfica, es algo que queda más allá de toda duda. Y esto, aunque ahora resulte obvio, no menoscaba su complejidad, que explica por qué el dolor fue una de las primeras “emociones” de las que se empezó a narrar su historia. Y es que el dolor reunía algunos de los principales problemas a los que la nascente historia de las emociones debía enfrentarse. Escogamos el libro de Javier Moscoso como inicio (de 2011 en su versión española y 2012 la inglesa) o el de Joanna Bourke (de 2014, lo que despejaría las dudas), lo cierto es que ambos se enfrentan a la pregunta que, pese al tiempo transcurrido, también se encuentra en varios de los capítulos que componen el libro que hoy reseño: ¿de qué hablamos exactamente cuando hablamos de dolor? En la introducción a su libro de 2012, Moscoso nos dice que la historia del dolor no es reducible a la historia de la medicina (donde algunos han querido atraparlo), pero tampoco a la historia de las pasiones. La historia del dolor no tiene que ver con

la adquisición de conocimientos, sino con la creación de significados. Por eso nos remite a una historia de la experiencia que aun estaría por escribir. Bourke, al identificar el dolor como «un tipo de evento» apuntaría en la misma dirección.

El *Homo Dolens* de Gaune y Rolle es, en ese sentido, un libro sobresaliente. En efecto, ya no nos estamos preguntado *qué sea* el dolor (¿una sensación? ¿una entidad a la que únicamente podemos hacer referencia metafóricamente?) sino más bien cuál es o puede ser su función cultural. O por decirlo con los editores del libro: se trata de «delinear y vincular las múltiples experiencias del dolor (corporal, psíquica, emocional, espiritual, histórica) que modelan al *homo dolens*» (p. 18). El esfuerzo realizado por los editores para cumplir sus objetivos (delinear / vincular) es meritorio; tan sólo el plantear esta necesidad de ir más allá de la mera acumulación de casos es ya algo que debemos apuntar en su *haber*, así como el enfoque interdisciplinar que acertadamente reivindican en diversas páginas de la introducción (p. 18) y del epílogo (p. 460). Es, sin embargo, en la consecución del segundo objetivo (vincular), donde tengo que expresar algunas reservas. Como suele ocurrir en este tipo de compilaciones, el resultado final es a ratos deslavazado, inconexo. Por mucho que seamos capaces de encontrar un núcleo compartido, no deja de ser cierto que a veces resulta muy difícil encajar ciertos capítulos en esta corriente principal. No por motivos estilísticos o disciplinares, sino por causas más profundas y que tienen que ver, precisamente, con la comprensión de qué sea el dolor.

Sin embargo, el esfuerzo de los compiladores por buscar esa coherencia es encomiable. Al dividir los diversos capítulos en tres secciones bien diferenciadas (Sentidos, experiencias y subjetividades del yo religioso; Enmascarar y develar: cuerpo / mente / alma; Decir y maldecir: representaciones / registros) se facilita al lector la sensación de unidad de las partes, por mucho que, cuando se entra al detalle, la unidad chirríe. Así, por poner un ejemplo, el contraste entre el capítulo firmado por Pamela Chaves Aguilar y el que firma Jaime Humberto Borja Gómez se antoja excesivo. No sólo, como decía, por una cuestión de método, sino también por el lugar de enunciación. Mientras Borja Gómez hace un excelente ejercicio de análisis de la cultura visual del barroco americano en relación con el dolor, estableciendo los correspondientes vínculos con la tradición europea pero también con la especificidad colonial, Chávez Aguilar nos ofrece una lectura de Edith Stein y Juan de la Cruz que es únicamente comprensible desde la fe. Fe en Cristo, concretamente.

No es posible obviar la experiencia religiosa en la constitución de nuestra identidad y de nuestra historia, pero tampoco permitir que su análisis se realice en términos exclusivamente religiosos. El de Chávez Aguilar no es el único ejem-

plo de esta clase que podemos encontrar en el libro, pero desde luego sí que es el más evidente. En todo caso, y puestos a dar voz a la religión en un libro como este, deberíamos ser capaces al menos de ofrecer una visión interreligiosa, que no se reduzca a la teología cristiana y, diría más, católica.

Esto llama aun más la atención cuando prestamos atención al que es, sin lugar a dudas, otro de los grandes méritos de este libro: la inclusión, yo diría que consciente, de *otras* historias de las emociones. Ya no se trata únicamente de que la experiencia de las mujeres esté presente de forma muy señalada en los textos (de Guevara Gil, Solène Bergot, Macarena Cordero, Verónica Unzuerra...), sino sobre todo del esfuerzo por presentar una historia de las emociones que no sea, digámoslo así, *dicha en inglés*. Aún más, en muchos casos se trata de una historia criolla, en tanto que el objeto de estudio es, precisamente, la configuración de una experiencia que, sin ser plenamente occidental, tampoco es indígena, tal y como recoge Bryan David Green en su estudio sobre la *Nueva Crónica* de Guamán Poma de Ayala, que define como un proceso de «exapropiación», más que de apropiación o transculturación (p. 370). Esta experiencia criolla, pensada más allá de viejos conceptos que ponían el acento en «lo europeo», es un camino que merece la pena incorporar a la historia de las emociones, como ya han señalado, entre otras, Cecilia Macón y Mariela Solana en su libro *Pretérito Indefinido* (Buenos Aires: Título; 2015).

No puedo terminar la reseña de este libro sin señalar la que, me parece, es una de sus principales fallas: su antropocentrismo. Es cierto que no podemos hacer responsables a Gauche y Rolle de un problema que recorre no sólo la historia de las emociones, sino todas las *humanidades*, pero sí es cierto que se pone excesivo énfasis en señalar que se trata de hacer una cartografía del dolor *humano*, como queda bien claro desde el mismo título de la obra. Se excluye, por tanto, el dolor de los animales (por mucho que Moscoso señale, en el texto que recoge el libro, su importancia en la configuración de la sensibilidad moderna), pero sobre todo queda fuera la posibilidad de explorar un dolor entendido en términos *inhumanos*, que diría Dipesh Chakrabarti, o, directamente, *posthumanos*, como señala Rosi Braidotti. En estos momentos en que la definición de naturaleza y de humanidad están en cuestión, como una de las derivas que nos deja la crisis ecológica provocada por la modernidad acelerada y globalizada, explorar la posibilidad de un dolor *posthumano* es una oportunidad que no podemos dejar pasar.

Más allá de esto, no puedo dejar de recomendar *Homo dolens*. Tanto por enfoque como por su ambición interdisciplinar, pero también por la extensión geográfica de los ejemplos escogidos, la variedad temática presentada y el amplio periodo cronológico analizado, está llamado a convertirse en una referencia

ineludible para aquellos que quieran entender cómo se puede hacer historia de las emociones *de otra forma*. ■

Juan Manuel Zaragoza

Universidad de Murcia

ORCID: 0000-0001-8377-6688

■ **Domenico Bertoloni Meli. Visualizing Disease. The Art and History of Pathological Illustrations.** Chicago and London: The University of Chicago Press; 2017, xvi + 288 p. 72 ill. ISBN: 978-02-26110-29-5. 55 \$

The history of anatomical illustration, one of the richest subject areas in the history of medicine, indeed the one the lay public most readily identifies, has almost never taken into account visualizations of pathological specimens and bodies. Pathological illustrations, in fact, came later and were often (perceived as) less attractive than anatomical ones. This is hardly surprising, since pathologies are by definition never normal, and —in an age when medicine still cultivated a strong individualistic bent— difficult to reduce to common features, a necessary premise for their visual representation. In the period broadly covered by this volume, from the 17th to the early 19th century, the birth and development of pathological illustration accompanied a revolution in pathology itself. The focus on local lesions and a solidistic approach to the body went hand in hand with a better assessment of the diffusion of diseases, and with the slow approach to notions such as average, generalization, and seriality. However, Vesalius himself had left among his *desiderata* a companion volume to the *Fabrica*, one dedicated to pathologies. This shows to which extent the effort towards the definition (and representation) of pathological details was embedded in the very birth and early development of normal anatomy.

This is a groundbreaking book, in that it addresses for the first time in a comprehensive way this neglected but ever-present, indeed unavoidable, topic in the development of modern medicine. As the author writes, «while it would seem almost inconceivable to investigate the history of anatomy ignoring illustrations, this is how we have been studying the history of pathology» (p. xi). Accordingly, an impressive range of detailed, beautifully reproduced pathological illustration enrich the book. Since it focuses on extensive illustrated treatises — daunting enterprises, the result of careful and time-consuming planning— its